

Cuando me paro a contemplar mi estado

Por *Bertalicia Peralta*

Me había dado la gran empapada con ese imbécil aguacero en pleno julio como si fuera el mismísimo octubre, a cántaros llovía, a cántaros como si existiera un acueducto descompuesto y todas las cañerías se hubiesen dedicado al mismo tiempo a tirar agua sin parar. Miré mi ropa y empecé a secarme despacio con el pañuelo, poco a poco, primero las manos, luego las mangas del saco, la cara, los pantalones, era mi único vestido bueno, no se me podía ensuciar con todo ni nada, guardé el pañuelo mojado en el bolsillo, saqué la peinita del otro bolsillo, el de arriba, de la camisa, me peiné cuidadosamente, viéndome bien en el reflejo de la vitrina que tenía a mi derecha y que estaba llena de artefactos eléctricos, me quedé mirando todo aquello, los stereos con grabadoras cassettes japonesas a todo dar, ciento y pico de dólares, los transistores japoneses, había de distintos precios, empecé a hacer cálculos subiendo y bajando números, picándome el gusanito de las ganas de tener uno de aquellos con radio de cuatro bandas para oír emisoras de afuera y buena música y programas instructivos, no como aquí que sólo saben poner música aguada y uno no puede oír más que uno o dos emisoras que tienen los discos del momento, los de la onda, y de pronto todo se oscureció y sólo duró creo un segundo, un relámpago cortó el flúido que volvió a surgir como si nada, y el agua seguía cayendo imperturbable. Fue cuando me di cuenta de que estaban tocando esa canción que me gustaba tanto y hacía tiempo no escuchaba, empecé a tararearla silabeándola mentalmente

co-moan-tes-más-quean-tes-teo-ma-reeeeeé

no había podido colocar nada en toda la mañana y ahora ese aguacero me tenía varado allí a mitad de la tarde con mi maletín en el suelo, la ropa medio mojada y el tiempo pasando inexorablemente. "Quiubo" dijo alguien y yo contesté maquinalmente "quiai" y me quedé pensando en el sonido peculiar de esas dos llamadas, de esas dos interjecciones que a un foráneo quizás no le dirían nada pero que a alguien de aquí le salía así, sin pensarlo siquiera y que quería decir hola, qué tal, cómo estás, cómo te va, qué ha habido y un montón de palabras que eran un saludo y una despedida al mismo tiempo y que uno podía decir tranquilamente a cualquier hora del día y de la noche lo mismo a una mujer que a un hombre sin enrojecer, sin el menor percance como quien se toma una chicha en una esquina o se sube a un bus o compra el periódico en la mañana, es decir, como parte misma del cotidiano suceder.

Decidí cruzar la calle porque la cosa era de no parar y ya tenía más de media hora de estar esperando a que escampara y pensé que no debía abandonar la Universidad, a estas horas ya tendría un título y sería jefe en alguna oficina importante, o cuando menos sofisticada, de esas que estaban abriendo ahora por todas partes, con eso de la planificación del gobierno, y tendría un sueldo decente y no tendría que andar pateando calles para levantar la lana y cuando no había venta no había nada y ya me estaba cansando de toda esa pendejada de andar todo el tiempo diciéndole a la gente la misma canturria con las benditas enciclopedias ilustradas, que si eran beneficiosas para la juventud, para los muchachos de la secundaria, para el ama de casa que debía estar al día con el adelanto mundial y el ama de casa se me quedaba viendo con una cara de no entiendo nada y empezaba a hacerme preguntas estúpidas sobre el origen del papel satinado en que estaban impresas las reproducciones a colores y si era de las que se quedaba sola todo el día en la casa esperando por el marido y los hijos me brindaba un vaso de jugo o de chicha de guanábana o de atolito y se relamía de gusto mientras me entregaba a mí todas sus impresiones sobre las últimas noticias que había escuchado en la televisión y yo empezaba a sudar y ella me brindaba acuciosa un abanico o un periódico doblado para que me echara viento mientras seguía muy contenta hablando y hablando

y yo

me aguantaba con la secreta esperanza de caerle en el momento preciso y enturbiarle la temura diciéndole lo bien que le iría a los muchachos, sus muchachos, contar con una enciclopedia que traía hermosos fiouros del Monte Everest a todo color con toda la información sobre el clima y la altura y el Coñón de Colorado y las cotaretas del N'áaara y la lista completa de las tribus del Africa y fotografías de los watussi con sus trajes

auténticos y una foto que era la más grande que se había editado del Papa Juan XXIII y era cuando se ponía más emocionada y empezaba a hablar de la paz mundial y de la falta que hacía para vivir armoniosamente y creo que recordaba allí no más todas las peleas que había tenido con el marido y pitaba como si fuera un tren, un rápido de carga y yo no encontraba el ladito, el momento en que podía meterle la zancadilla y tenía que hacerlo porque estaba necesitando plata para pagar la casa que era lo primero que siempre me gustaba tener asegurado, lo demás ya vería, siempre salía de algún lado algo, como cuando me conseguí la dirección de esa directora de escuela que la compró sin chistar y yo casi no creía que me estaba sucediendo porque ella solita fue quien hizo la venta. "Cuánto me alegro", dijo, "si viera cómo estoy necesitando esa enciclopedia, no sabe cómo es útil y ventajoso contar con una documentación tan completa en la escuela, especialmente por los chicos de sexto que tienen que hacer tantas investigaciones " y yo saqué del maletín los panfletos ilustrados con las figuras rojas y doradas de los veinte tomos numerados pero ella no quería eso sino que le trajera inmediatamente los libros para ponerlos en una librería nuevecita que habían construido los de sexto en el taller industrial y yo me fui corriendo a buscar un teléfono y llamé a la agencia y conseguí que enviaran enseguida los libreros aquellos y la vizja me pagó con un cheque del gobierno y me llegó mi comisión sin el menor esfuerzo y sin el menor esfuerzo también había llamado al combo para anunciarles la nueva y salir de pachanga a tirar una canita al aire y todo por las benditas enciclopedias, por las más imbéciles e infames enciclopedias, por los libreros más estúpidos que a ser humano se le había ocurrido inventar para burlarse del prójimo, metiendo una serie de cosas inconexas e inconscultas entre sí que a nadie interesaban y que la gente compraba y me moría de la risa y de la rabia y sentí ganas de orinarlos, de putearlos, de decirles lo cretinos que eran creyéndose todas aquellas patrañas que decían esos libros de a dos libras y media de peso por lo menos cada uno con sus figuritas engoladas a todo color rojas, azules, amarillas,

y aullé

aullé como si tuviera un gato muerto de hambre en el fondo del esófago y ví un montón de ojos clavados en mí con horror que se iban acercando lentamente formando un círculo atemorizado y atemorizante a mi alrededor y sentí como si acabara de aterrizar en el planeta y saqué la mano para comprobar si aún llovía

porque estaba oscuro

era de noche

y de un empujón abrí el círculo de ojos con mi maletín fuertemente agarrado de la mano.